

# EL MAMBO Y EL CHA CHA CHA LLEGARON EN AVIÓN<sup>1</sup>

Gonzalo Martré

La llegada de Pérez Prado a México no pasó desapercibida pero tampoco causó sensación. Como ya venía con hambre de triunfar, inmediatamente grabó con un grupo de soneros mexicanos (Alfonso Espinoza Roviroa, maracas; Galo Almazán, bongoes; *Carioca*, tumbadora; Felipe Chía, bajo) y el timbalero cubano Yeyo Tamayo los números “Tacuba”, “José”, “Maupomé” y “El Manicero”. “¡Qué rico mambo!” fue el primero en popularizarse a fines de 1949. Su manera de frasear, de utilizar la síncopa, estaba precisamente en arreglos anteriores como en la guaracha “El caballo y la montura”.

Sorprende el cambio musical que dio el pianista al encontrarse con trompetistas mexicanos de la altura de Chilo Morán, Daniel Flores, Agustín García, *La Tina*, y *Lupe Montes*, entre otros. Con ellos pudo alcanzar las notas agudas que han caracterizado sus mambos. Su sección percusiva también estaba “durísima” con *El Jarocho* Fernando Sandoval en el bajo, el bongocero Ramoncito Castro, Modesto Durán en la conga y Yeyo Tamayo en los timbales. Una sección rítmica con la calidad de esos músicos no se ha vuelto a reunir. Y por lo tanto, ninguna de las sucesivas orquestas de Pérez Prado han sonado igual.

## Los mitos de Pérez Prado

Dámaso Pérez Prado tiene ya un libro especialmente dedicado a él, a su música y, en general, a su vida y

<sup>1</sup> Cf. Gonzalo Martré (con la colaboración de Silvestre Méndez), *Rumberos de ayer. Músicos cubanos en México (1930 a 1950)*, Instituto Veracruzano de Cultura, Primera edición, 1997. El texto que aquí publicamos corresponde a un capítulo de este libro.



milagros. Se trata de *Pérez Prado y el mambo* del escritor Carlos J. Sierra, publicado en 1995 y en cuya primera edición hallé algunas omisiones. Al ponerme en contacto con el autor por medio de Silvestre Méndez, le hice las observaciones del caso y accedió a corregir esos errores documentales para la segunda edición. Asimismo, le proporcioné una copia de la entrevista que le hicieron a Dámaso en Radio UNAM y que faltó en su libro. Como al cerrar este libro aún no aparecía la segunda edición corregida y aumentada del libro de Carlos J. Sierra, creo que es de interés para el lector afecto al tema de los músicos migrantes cubanos que se quedaron en México, transcribir las

notas que le hice a Carlos y que publiqué en las revistas *Tiempo Libre* y *Ahí*, lo único que puedo añadir a su magnífico libro.

Se ha insistido en que Pérez Prado, cuando debutó en el Teatro Margo hizo su debut general en México, pero es un mito, parte de lo que ya va haciéndose leyenda en torno de ese excelente músico que revolucionó la música popular afroantillana. Meses antes de ese mítico debut, un domingo de enero de 1950, después de una precampaña de carteles —facsimiles gigantes de telegrama— que anunciaban su arribo desde Panamá para su debut en el Salón Brasil, se presentó en ese lugar ubicado a un par de cuerdas del Cine Cosmos, tal como se reseña en *¿Tormenta roja sobre México?*, novela de

quien esto escribe y aquello presenció y de la cual ofrece a continuación algunos fragmentos del célebre debut:

Dámaso debuta, como los novilleros, un soleado domingo a las cinco en punto de la tarde. Arriba a la puerta del Brasil, vestido con un traje de gabardina amarillo huevo —saco muy largo, pantalón de embudo—, camisa negra, corbata blanca, zapatos de dos colores y tocado con una boina vasca amarilla. Entrada, cinco pesos. Alterna con un grande del son mexicano: *Chucho* Rodríguez.



Hay unos treinta fanáticos dándole la bienvenida a Dámaso y éste ordena que entren todos gratis. Sin proponérselo, el músico gana una *claque* entusiasta que lo acompañará en su triunfo sin paralelo.

Desfilan, impecables en su atuendo pachuco, los tarzanes de La Playa, del Colonia; copetudos del Marro, elegantes del Esmeril y del Ángel, sayos del Floresta; flor de gandallería, las cabelleras envaselinadas despiden cardillo, los padrotes de fama hablan caló, dejándose ver, irresistibles, permitiendo que sus güizas compren las entradas, envueltas ellas en un vaho aromático de intensidad mareante.

¡Y con ustedesss, Dámaso Pérez Prado, el *Rey del Mambo!* De la boca de Dámaso brota un sonido gutural y su orquesta irrumpe con saxofones roncoss, apagados, que van en *crescendo* hasta explotar en un agudo sostenido en la trompeta de *Chito* Morán; son los primeros compases del mambo “José”, su rúbrica musical.

Esa tarde también, Pérez Prado muestra un nuevo modo de llegarle al público, entregándose a él, complaciendo sin reticencias sus caprichos. El hombrecito de amarillo dirige pateando el aire, gesticulando, va y viene frente a su orquesta, emite sonidos guturales que pronto serán conocidos en el mundo entero. A las diez de la noche, el director y sus músicos, agotados, tocan el último mambo, el infinitamente repetido esa tarde:

“¡Qué rico el mambo!”. Al terminar, afónico, sudoroso, consciente de haber hecho un debut afortunadísimo, Pérez Prado se quita la boina, escribe en el forro su autógrafo y la tira al público, que corea, exige, insistente, frenético: ¡otraaa , otraaa!, arroja casi toda su ropa y así, como un novillero en tarde de apoteosis, es conducido en hombros hasta su coche.

Otro de los mitos creados a Pérez Prado es el que se refiere a su expulsión del país. En el libro de Sierra no se soslaya el hecho, pero tampoco se precisa; es atribuido a envidias y politiquerías, así en abstracto. La versión que en aquel entonces circuló extraoficialmente fue que Dámaso había compuesto un mambo con la música del himno nacional. Así se trató de justificar lo injustificable , pero es versión para bobos. Oficialmente, porque estaba actuando en el rodaje de una película sin permiso de Gobernación. En el libro de Sierra aparece un Pérez Prado que tenía que pedir permiso hasta para ir al baño. Probablemente era así, su principal enemigo era el líder de los músicos, el gangster cetemista Venus Rey, quien no acababa de creer que el mambo fuese un éxito universal y su inventor un hombre a quien en pocos meses le sonreía la fama y la fortuna. La verdad es que Venus Rey no era tan poderoso como para promover y realizar la expulsión del cubano. Ni política ni comercialmente: en política era sólo uno más de los corruptos líderes cetemistas lambiscones de Fidel Velázquez; comercialmente no era más poderoso que Emilio Azcárraga Vidaurreta, mandamás de la XEW, y

de Mariano Rivera Conde, mandamás de la RCA Víctor. ¿Qué pasó entonces? ¿A quién ofendió Pérez Prado?

Yo entrevisté a Dámaso en las oficinas que mantenía en Insurgentes, frente Holbein, pues deseaba desmitificar esos puntos oscuros para mi novela antes citada. Lo de su debut en público ya quedó aclarado, incluso le pregunté con quién había alternado ese domingo en el Salón Brasil, lo cual yo no recordaba (habían pasado treinta años), y fue él quien me lo precisó. Cuando tocamos el punto de su expulsión se mostró reticente, pero le expliqué que no estaba entrevistándolo para periódico o revista alguna, sino para una novela que tardaría cuando menos cinco años en publicarse (me equivoqué, tardó quince años y cuando eso sucedió Dámaso ya no vivía); entonces lo cuestioné acerca de la versión que corrió por allí de 1952, acerca de que el culpable había sido Miguel Alemán Valdés, mujeriego ex-presidente, quien estaba lanzado con Leonora Amar,

músico. Así se lo dije a Dámaso y así lo reconoció, haciendo hincapié de que no fuese publicado periódicamente, pues estaba escarmentado de los líos. Cuenta la leyenda que, finalmente, al enviudar, Alemán se casó con la brasileña y vivió con ella hasta el fin de sus días en su humilde choza junto a Chapultepec y que hoy es la sede de la Fundación Miguel Alemán, cuyos objetivos son tan misteriosos que rara vez se le cita.

En el libro mencionado se recogen algunas opiniones sobre la personalidad del *Rey del Mambo*. Cuenta la difunta Margo Su que Dámaso era intratable, egoísta y caprichoso. Lo que pasó entre ellos dos fue que, Dámaso, al darse cuenta del valor comercial de su música, no se dejó explotar por Margo, de ahí su rencor. A mí me consta que Dámaso era un hombre simpático y generoso. Incontables veces entré a los bailes donde tocaba, gracias a que en la puerta hacía que entráramos sin pagar a un piquete de fanáticos suyos, y en innumerables ocasiones nos dio pases de su puño y letra para el Margo.



Como ya quedó dicho, faltó en el libro de Sierra la larga y exhaustiva entrevista que le hicieron a Dámaso en Radio UNAM con motivo de los treinta años del mambo; todo lo que me dijo Dámaso coincide, a excepción hecha, claro está, del asuntillo de la brasileña; es el único testimonio fidedigno del nacimiento del mambo y de cuanto se narra alrededor de él.

En mi novela ya citada narro otras anécdotas de Dámaso, pero además, la primera parte lleva el título de “En tiempo de mambo”, y cada capítulo tiene como epígrafe la letra de un mambo. De hecho fue la manera como discurrí rendirle merecido homenaje a un hombre y su tiempo<sup>2</sup>.

una bellísima vedette brasileña quien llegó a México en 1945, filmó un par de películas y en 1948 fue lanzada por *Cantinflas* en *El Mago*, película que le dio enorme popularidad; después intervino en otras cintas y cuando Dámaso estaba en la cima del triunfo pretendió contratarla para sus giras internacionales. Cuenta la leyenda que ya para ese entonces la brasileña sostenía tórrido romance con el ex-presidente, quien vio en Dámaso un rival que podría alejar de él a su belleza sudamericana de la cual estaba clavadísimo. Tal parece que la bella se inclinaba más por su carrera y la fama al lado de Dámaso; el *Rey del Carnaval Jarocho* decidió cortar por lo sano expulsando al

En avión también llegaron Enrique Jorrín y Ninón Mondéjar, con sus respectivas orquestas y en poco tiempo el cha cha cha eclipsó al mambo. No es nada raro, en la historia musical popular este ciclo se viene repitiendo desde tiempo inmemorial. De hecho, falta un libro dedicado al cha cha cha y su tiempo, el cual, tarde o temprano alguien habrá de escribir y publicar. ■

<sup>2</sup> Dámaso murió en México, el 14 de septiembre de 1989.

**Gonzalo Martré**, pseudónimo de **Mario Trejo González** (Metztitlán, Hidalgo, 1928). Escritor y periodista satírico mexicano. Se inició en la literatura en 1967, en el periodismo en 1976. Fue editorialista de *Excélsior* durante 20 años. Fue socio fundador y segundo presidente de la “Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía” (1996-1998). Fundador de la cofradía de lectores “La Tinta Indeleble”. Subdirector de la revista virtual satírica literaria “La Rana Roja”. En 2012 recibió el *Premio al Mérito Artístico del Estado de Hidalgo 2012*, que es la presea más alta que concede dicha entidad federativa a sus artistas.